

1. Introducción

La cría del toro bravo de forma racional, se remonta al siglo XVIII. La nobleza hasta ese momento los utilizaba para los espectáculos a caballo. La extensión de la fiesta se populariza con el toreo a pie, y con ello aumentó la demanda.

En la crianza del toro bravo, raza única en el mundo, intervienen unas 300.000 hectáreas de alto valor ecológico; y más de 10.000 personas se emplean en las explotaciones de lidia.

La figura del ganadero, en el concepto tradicional significó un modelo individualizado de gestión, donde el consejero delegado y el consejo de administración son entes desconocidos. La soledad del ganadero en la alquimia de la selección, le alejó en muchos casos de la cuenta de resultado y de explotación. Aquí no existió predominancia de lo rentable, más bien lo contrario, sobre el logro de conseguir un toro bravo y encastado. El resultado de las decisiones siempre son a muy largo plazo, quizás por ello los objetivos económicos y los de la crianza no lleguen a converger. De ahí que se hable en numerosas ocasiones del romanticismo del ganadero de bravo.

Si lo anterior se constataba más en el pasado como tópico, bien es cierto que en la actualidad han irrumpido nuevos ganaderos con nuevas formas: personas del mundo de los negocios y de la empresa o profesionales independientes. Ellos no cumplen con los preceptos tradicionales ni lo creen necesario. Lo atractivo de este ocio y estilo de vida, les permite una relación con otros segmentos sociales de forma peculiar, y a su vez invierten fuertes sumas de capitales.